

EPÍLOGO

El jardín vertical de la cafetería me tiene alucinada, no puedo apartar la mirada de esa pared increíble mientras espero a que el camarero traiga mi bebida. Los niños tardarán aún un rato en salir de clase. La vibración de mi teléfono me saca de mi ensoñación.

—Buenas, tú —le digo a mi hermano, que no disimula su risotada al otro lado de la línea.

—¿Qué haces? —pregunta él a modo de saludo.

—Estoy haciendo tiempo hasta que los niños salgan del museo, hoy llegué con margen.

—Pensaba que estarías en la clínica, ¿no ingresaban hoy a Paloma...?

—Sí, ya está allí, pero yo iré mañana a verla cuando acabe las clases en el instituto. No puedo faltar porque los chicos están con los finales. —Y mientras el camarero deja mi pedido en la mesa, continúo—: aunque desde que Irene y ella se han dado otra oportunidad no me echa de menos y apenas se separan. Así que pensé en dejarlas disfrutar de su momento.

—Ojalá tenga suerte esta vez y vaya bien —dice Lucas serio y añade en un tono más jovial—: si no va a estar más insoportable de lo normal.

Es la tercera vez que Paloma se somete a un tratamiento de inseminación artificial, las otras dos no salieron bien, las enfrentó sola porque Irene no quiso continuar con la aventura de tener un bebé. Pero hoy, hace unos cuantos meses que han vuelto juntas y todos estamos deseando que salga bien. Si eso no sucede, será Irene la que lo intente porque ahora están decididas a ser mamás a toda costa.

—¿Qué tal tú? —le pregunto.

—Bien, terminando unas cosas. Había pensado en que me invitaras a cenar a esa locura de casa tuya —me dice al tiempo que se oye cerrar una puerta; supongo que aún sigue en el gimnasio.

—Sí, claro, por mí no hay problema. —contesto feliz. Me encanta que se sienta a gusto en esa locura de casa, como él dice. Es un lío, es verdad, pero es mía y me gusta, por fin vuelvo a sentirme parte de algo bueno—. Lo único es que ya sabes que llevamos horario infantil y cenamos temprano, no sé si eso te irá bien a ti.

—No te preocupes, contaba con ello. Acabo aquí en un rato y me voy para allá, así te da tiempo a llegar a ti también.

—Perfecto, Nerea se pondrá como loca —le aseguro sonriendo al teléfono. Mi enana adora a su tío, como la mayoría del sexo femenino, esto me hace preguntarle—: por cierto, ¿vendrá Bea o es demasiado temprano para ella?

—No, no cuentes con ella —responde en un tono serio que me hace prestarle más atención aún—, no creo que el horario fuera un problema. El problema es que lo hemos dejado.

—¿Qué dices? —suelto yo levantando la voz sin querer— ¿Y eso? ¿Cuándo?

—Hará cosa de una semana y es demasiado largo para contar por teléfono —me aclara resignado—. Esta noche te cuento, pero podemos decir que si estuviéramos casados en el divorcio alegaríamos incompatibilidad de caracteres, o de objetivos, no sé...

—Lo siento —le digo de verdad, y a punto estoy de añadir que es una lástima porque Bea me parecía estupenda y pensaba que con ella la cosa iba realmente en serio después de más de un año juntos, pero no lo digo.

—Sí, no te preocupes, son cosas que pasan. Ahora nos vemos.

—Hasta ahora —me despido.

Han estado entrando mensajes durante la conversación con Lucas, así que aparto el teléfono de la oreja y miro la pantalla.

Germán: *¿esperando a los peques?*

Germán: *no creo que me dé tiempo a pasar por casa antes de recoger a José Manuel, nos vemos para cenar.*

Germán: *Te quiero, lo sabes.*

Yo: *Vale, no te preocupes, Lucas viene a cenar.*

Yo: *Te quiero, y lo sabías.*

Es imposible contener la sonrisa que se ha dibujado en mis labios. Me costó confesarle lo que sentía por él, tardé bastante tiempo en decir en voz alta algo que él, me asegura, sabía mucho antes de que lo hiciera. Pero tenía tanto miedo a verbalizarlo, sentía que de alguna forma era una traición a Santiago. Mi hermano, ser impaciente donde los haya, no entendía por qué retener más tiempo algo que se me notaba demasiado, y me hizo comprender que si Santi había sido capaz de querer a otra persona al mismo tiempo que a mí, no se atrevería a juzgarme por amar a otra persona cuando él ya no estaba. Así que llegó un momento, casi un año después de esa noche compartida que tanto revolvió dentro de mí, que esas dos sencillas palabras se hicieron un hueco en mi garganta y tomaron a la fuerza su libertad.

Santiago será siempre una parte de mí, de mi vida, siempre será el padre de Nerea y siempre le echaré de menos. Hay una parte de mi corazón que es solo suya, en donde guardo los momentos que merecen ser recordados. Cada noche, Nerea y yo seguimos manteniendo el

ritual de asomarnos a la ventana y buscar la estrella en la que su padre es esconde. Cada noche. Me gusta pensar que, en un futuro, cuando el cuento de la estrella pierda su magia, ella aún sea capaz de levantar la mirada hacia la noche y encontrar a su padre, que él siempre estará allí, brillando para ella. Que siempre será una estrella, una de verdad, porque lo es. El momento que provocó que Germán escuchara lo que sentía por él, fue el día que regaló a Nerea una estrella, una estrella con el nombre de Santiago, para que su padre tuviera un hogar en el cielo.

No sé cómo lo hizo, ni lo que le costó, ni si ha tenido que pedir un préstamo que aún está pagando. Lo que sé es que mi hija tiene un certificado donde le aseguran que hay una estrella que se llama Santiago y que está marcada en un mapa, para que siempre sepa dónde encontrarle. Ante eso, ¿cómo no confesarle que había llegado a quererlo por detalles mucho más pequeños que ese?

Me levanto para pagar en la barra; Nerea y Hugo ya no tardarán. Después del éxito del curso de verano al que los apuntamos en el museo donde trabaja Paloma, decidieron dejarlo como algo permanente y yo preferí que vinieran aquí a dar las clases de pintura.

Mientras cruzo la calle para alcanzar la entrada me pregunto qué organizaré de cena, no me queda mucho tiempo hasta que todos estén en casa. Qué raro se me hace, todavía, pensar que mi casa no es la que solía ser, esa está ahora en alquiler porque, desde hace uno seis meses, Germán y yo compartimos la suya. Después de más de un año y medio juntos y de habérmelo pedido muchas veces, me decidí el día que Nerea me dijo que quería que Germán fuera su padre número dos, que le gustaba tener uno en el cielo pero que quería tener uno en la tierra también. Echo de menos estar cerca de Laura, pero seguimos haciendo cosas juntas, por los niños y por nosotras, la necesito a mi lado y eso no lo cambiará el sitio dónde viva.

La casa de Germán sigue estando cerca de Vega y José Manuel. Se acabaron las cenas en casa de Vega, pero ahora la mayoría de las noches es José Manuel el que viene a casa con nosotros a compartir mesa. Le encanta estar con su hermano y con su padre, es un niño maravilloso que sólo quiere ser eso, un niño. Vega aprovecha ese rato para ella, lo necesita y ha aprendido a disfrutar de él. Algunos días ella también se une para cenar, no muchos, pero quiere recuperar el tiempo perdido con Hugo, por eso, también algunos fines de semana se queda con sus dos hijos. Cuando eso ocurre, yo intento cuadrarlos con los que los padres de Santiago se llevan a Nerea. Desde que se firmó el divorcio parece que aligeró el peso de sus hombros. La culpa y la tristeza siguen recubriéndola, pero creo que dejar de compartir espacio con el que fue su marido la liberó de una carga invisible que la hacía sentirse más responsable aún de lo que pasó, despejó el enfado perenne que arrastraba contra Germán. No somos amigas y no creo que nunca lo seamos, pero nos llevamos bien, las dos estamos dispuestas a lo

que sea por los niños y ayuda saber que no me culpa por romper un matrimonio que ya estaba roto.

A veces la melancolía me busca, se convierte en una manta que necesito echarme por encima para que el calor de lo que fue, lo que pudo ser y lo que perdí me lleven por un rato a esa vida de antes. Caí, dolió y tuve que aprender a confiar de nuevo, pero estoy orgullosa de haberlo logrado. Estoy feliz de saber que pude hacerlo, que logré avanzar y llegar hasta donde estoy hoy: a este vestíbulo donde dos caras sonrientes vienen corriendo hasta mí. Nerea sin parar de hablar, y Hugo con la mirada alta, al menos he logrado eso. Que me mire, me sonría e incluso que me diga alguna palabra que para mí es como el más elaborado de los discursos. Nos han dicho que va mejorando, que lo iré haciendo mejor con el tiempo y que los cambios le han sentado bien. Supongo que el acercamiento a su madre ha hecho más que ninguna otra cosa.

Cuando llegan a mi lado Nerea me abraza como si no me hubiera visto en años, planto un beso en su cabeza y le cojo de la mano. La otra mano se queda libre, esperando a ver si otros pequeños dedos se aferran a ella, paciente, expectante. Cuando noto como los dedos de Hugo rodean los míos, mi corazón se salta un latido. Es increíble saber, sentir que, lo que ahora me ata al suelo, son estas pequeñas manos, y que juntos podemos llegar a tocar las nubes como esos dientes de león que Nerea insiste en soplar para ayudarlos a volver al cielo, porque es donde tienen que estar.

Como yo.